

LIBROS

El poeta José Bergamín

Dentro de la llamada generación del 27, José Bergamín ocupa un puesto no suficientemente valorado. Amigo y compañero de todos sus miembros, creador y animador de sus empresas culturales y poéticas, su digna posición política, su «agudeza y arte de ingenio» y su altivez en el gobierno de su vida le han conducido a un lugar molesto para sus compañeros de generación aún vivos, para los detentadores del poder cultural, y un desconocido para los jóvenes. Precisamente cuando se le puede calificar como el escritor más joven de España. Sus artículos (muchos más en revistas extranjeras que españolas), la redacción de sus Memorias, los prólogos a las ediciones de su revista «Cruz y Raya», la constante aparición de sus libros, sus increíbles proyectos, son sólo una muestra de esa juventud de la que hablo. Y ahora, por si fuera poco, vienen sus versos.

Como no es éste lugar ni el momento de intentar una revisión a fondo de su personalidad —de ello ya se encargan autores y hasta Gobiernos extranjeros (1)—, vamos a limitarnos a comentar la aparición de su tercer libro de versos, *La claridad desierta*, publicado, junto con un merecido homenaje, por la revista malagueña «Litoral» (2).

(1) La escritora francesa Florence Delay prepara un importante estudio sobre el poeta. Por otra parte, el Gobierno francés le concedió el título de comendador de la Orden de las Artes y las Letras, paralelo a la Legión de Honor, que también ostentan Picasso y Buñuel.

(2) Números 37, 38, 39 y 40 de la citada revista.

Cuando, en 1923, José Bergamín comparó a sí ante las letras españolas con un libro de aforismos, *El cohete y la estrella*, que, quizá dejaba entrever su profunda vocación poética, fue saludado como una oleada de aire nuevo (3). Pero a pesar de escribir versos desde su adolescencia, solamente muy tarde debutó en el ruedo poético (figura muy querida para el poeta), con sus *Tres sonetos a Cristo crucificado* ante el mar, en el número 20 de la revista «Hora de España», de agosto de 1938 (4), y que merecieron los más encendidos elogios de Antonio Machado. («Tres sonetos en que parecen latir todavía las más vivas arterias de nuestro mejor barroco literario, y que figurarán algún día en los mejores florilegios de nuestra lírica»).

Pero pasarían varios años hasta que Bergamín volviera a darnos otra muestra poética. Fue con la aparición de dos libros de versos, *Rimas y sonetos rezagados* y *Duendecillos y coplas*. Publicados en Santiago de Chile en ediciones minoritarias, sin apoyo publicitario y crítico alguno (más bien al contrario en lo que se refiere a nuestra Patria), no pudieron dejar entrever para nadie (salvo excepciones, claro) las cualidades de poeta que en su brevedad contenían.

Sin embargo, las rimas de *La claridad desierta* no dejan lugar a dudas del poeta que encierra, escondiéndolo, ocultándolo celosamente, José Bergamín. Concebido como un largo poema, como una meditación sobre la muerte, el amor, la vida; escrito

Málaga, 1973. Incluye estudios sobre el escritor de Alexandre, Corpus Barga, Unamuno, Azorin, Alberti, Lorca, etcétera.

(3) «Rápida, pura centella/en busca de alto confin/enciende, al morir, la estrella,/tan clara, de Bergamín». Versos de Luis Cernuda publicados en «La Verdad», de Murcia, el 10 de octubre de 1926.

(4) Antes, en el número de «Litoral» dedicado al centenario del nacimiento de Góngora, Bergamín publicó una décima.



José Bergamín, en Méjico, en 1940.

con la deslumbrante agilidad que caracteriza a su prosa, inspirado en Bécquer y Machado («Con Bécquer y con Machado/(y con Ferrant) tengo un huerto/que por mi mano he plantado./Y que es un huerto cerrado./Tan cerrado como abierto./Porque es un huerto robado./), la agudeza, profundidad y contradicción de sus meditaciones, la gracia andaluza de sus giros, la perfección del verso, hacen de *La claridad desierta* una auténtica «rara avis» en la poesía española actual.

Pero dejemos hablar al poeta:

«De un infernal abismo al alma siente abrirse el silencio, llenándole de espantos tenebrosos la noche de su sueño: como si enmascarándose a sí misma con la estrellada lumbré de los cielos, una voz luminosa se [apagara en sus distantes ecos. Mueren las horas, [huideras sombras fantasmales del tiempo. Y la muerte me mira [desde el fondo vacío de su espejo».

¿Cabe una rima más perfecta? ¿No les parece que es el propio Bécquer vuelto? Una vez más, como pronosticara Cernuda, Bécquer vuelve a ser el maestro de siempre, el inspirador de la línea más valiosa y honda de nuestra poesía.

Oigamos de nuevo al poeta:

«Estoy pensando en ti [cuando no pienso que estoy pensando en [ti, cuando quisiera no tener que pensar [para sentirme de tu lejano corazón [más cerca. Más cerca de esa putá [ra lejanía íntimamente clara de [tu ausencia: de ese rastro de luz [que tu recuerdo enciende en mí cuando de mí se aleja».

Se ha hablado mucho, y con razón, del conceptismo y el barroquismo de Bergamín, de su propósito de la contradicción, de su afición al disparate como género literario válido, de su garbo taurino y de su agilidad mental. Se ha hablado mucho menos de su verso alado, vivo, del despliegue fecundo de su rima, del tono ingenuo y sabio y lleno de

duende de sus coplas («Yo no sabía por qué/era tan triste tu llanto/el día que te dejé./Y era que yo no sabía/que me llevaba tu pena/y te dejaba la mía»), de la sutil transmisión de su pensamiento poético a través de una brillante imágen. Pero, créanme, que tanto de una cosa como de otra se hablará.

Si «la poesía es siempre pensamiento, porque no puede ser nunca extensión», que dijo el poeta en los ya lejanos años y en las lejanas páginas de la revista «Carmen» (5), leámos esto:

«Ahora al leerme es [táis tal vez pensando que no soy de mi tiempo. Del mío sí. Pero tal [vez ahora ya no lo soy del vuestro. El vuestro precipita [el torbellino en que lo estáis perdiendo. El mío es un remanso [sosegado lo mismo que un espejo. En estas soledades [en que vivo me miráis como a un muerto: sin ver que es otra vida y otro mundo lo que yo llevo dentro».

Versos que pudieran estimarse como un hermoso testamento si no supiéramos que el poeta, además de tener inéditos el libro *Del otoño y los mirlos*, escrito entre 1958 y 1962, trabaja en otro libro poético, titulado *Apartada orilla*, con el fervor de un versificador juvenil y con la tremenda experiencia de su profunda vida.

Poseedor de la locura del poeta, que dijo Maritain, Bergamín ha dejado muy claro, con *La claridad desierta*, todo el bagaje poético que desde su juventud ha soportado, para incorporarse así (nunca es tarde si la dicha es buena) a esa poco repetible

(5) Revista dirigida por Gerardo Diego en 1927 y 1928, de la que salieron siete números, hoy inencontrables.

generación poética de 1927 con todos los honores, reverdeciéndola. ■ JOSE ESTEBAN.

El drama de la Ciudad Ideal

La multiplicidad de las cuestiones filosóficas corre el riesgo de hacer perder de vista los rasgos más específicos y audaces de la aventura especulativa de Occidente. La concienzuda banalización académica de todos los temas contribuye a ello: recordemos que, en la mayoría de los casos, son espíritus que nunca se han arriesgado más que a la adulación y la trapisonda para conseguir su puesto de funcionarios los que cuentan la epopeya de quienes —Spinoza, Hegel, Nietzsche— se lo jugaron todo a la aciaga carta del pensamiento libre. Decía Valéry que para entender la gracia de ciertas cuestiones filosóficas era preciso estar impuesto en un determinado lenguaje técnico llamado «filosofía», lo mismo que hay que haberse leído varios libros de Tartakower o de Lasker para apasionarse por un complejo problema de ajedrez. Esto es, en una medida no desdeñable, cierto; pero no cabe olvidar que no es menos verdadero que las líneas maestras de la sabiduría discursiva nacida en Grecia plantean cuestiones que a ningún hombre deseoso de esclarecer en alguna medida su condición y sus angustias, por horro que se halle de tecnicismos filosóficos, pueden dejar indiferentes. La principal, sin disputa, de todas ellas podría formularse así: más allá de lo caótico, perecedero y confuso del mundo sensible que nos rodea y en el que nos movemos, ¿existe acaso un orden racional de ideas inmutables no afectado por la borrosidad y el acabamiento? ¿Es pensable el mundo? ¿Podemos fundamentar en algo estable nuestra ética y nuestras instituciones, nuestra ciencia y nuestra espe-

ranza? El planteamiento del tema correspondiente a Platón, vacila en conflictos de inigualable sutileza a través de veinticuatro siglos y halla su expresión definitiva en Jorge Guillermo Federico Hegel, en cuyos infrangibles lazos todavía nos debatimos.

El libro que aquí comentamos (1) transcribe, en una síntesis que no vacilo en calificar de magistral, lo más importante del comienzo y el fin de esta cuestión esencial, en la que se disputa nada más ni nada menos que a qué título somos seres racionales. En el *Timeo*, Platón distingue entre lo mudable y perecedero, que ni siquiera puede decirse que realmente es, y lo que es eterno y sin cambios; por tanto, lo verdaderamente existente. Los sentidos nos revelan lo primero y la razón lo segundo. Así, frente a la Atenas perfectible y contradictoria en que vive Sócrates, se alza la Ciudad Ideal, la Atenas definitivamente liberada, idéntica a sí misma para siempre, en la que la visión inteligible, desencarnada, encuentra la suprema paz. Así, acomete Platón el mito de la constitución del mundo por medio del demiurgo; pero esto plantea el tema de la materia, de ese «algo» indeterminado y caótico que se resistía a integrarse en la Ciudad Ideal de las esencias, amenazando con su oscura presencia la luminosa beatitud del campo eidético. En vano luchará el demiurgo contra la ciega resistencia de la materia: en un acceso de lucidez, Platón, en el *Sofista*, arroja una desesperada mirada a la Ciudad Ideal y descubre en ella la alteridad, la contradicción y lo indeterminado: el mal, en suma. El enemigo está dentro mismo de las puertas de oro de la Atenas perfecta; la mancha está inscrita en el comienzo mismo de la constitu-

ción del mundo. Por ello, Platón no puede escribir su diálogo *El filósofo* después de su *Sofista*; cuando quiso apabullar a éste lanzando una fulgurante mirada a la Ciudad Ideal, encontró en el interior de ésta, esperándole, la burlona y aborrecida sombra de su adversario.

Pero lo que Platón no se atrevió a llevar a su último término, paralizado por la decepción de no haber podido desembarazarse de los elementos de corrupción y diversidad ni siquiera en el refugio de la Ciudad Ideal, lo cumple más de dos milenios después Hegel en su *Ciencia de la Lógica*. En esa obra suprema de la metafísica occidental (y en el camino que lleva al iniciado hasta ella, la *Fenomenología del Espíritu*) se consume audazmente el paso de la «Filo-sofía» a la «Sofía». En la *Lógica* de Hegel se reúnen todos los elementos contradictorios cuya yuxtaposición había perturbado al platonismo ortodoxo: por fin alguien se atreve a lanzar una larga y completa mirada al campo ideético, sin retroceder ante lo informe, lo caótico, lo disparejo, lo perecedero. Todos son necesarios momentos de un mismo absoluto racional que se despliega en el tiempo y se reabsorbe en la eternidad. La Ciudad Ideal de Platón no sólo es que no exista, dirá Hegel: lo grave es que ni siquiera es ideal. La verdadera Ciudad Ideal admite también los caracteres negativos, la mentira, la usurpación y la muerte: la Atenas perfecta existe no en el recuerdo o en la abstracción, sino en la realidad concreta: vivimos en ella, es el Estado. La *Lógica* es la meditación del Estado, que se piensa a sí mismo y se encuentra bueno; es decir, necesario.

El drama de la Ciudad Ideal nos cuenta una historia en la que no faltan la ambición, el desengaño y la resig-

nada serenidad. Quien quiera conocer «de qué va» eso de la filosofía, no tiene más que recorrer sus páginas; a través de un ágil diálogo con el lector, un estilo al que no faltan pasión ni ironía, le hará llegar hasta el núcleo de la metafísica moderna, donde no se discuten abstracciones ni tecnicismos, sino la posibilidad de justificar racionalmente la vida, el dolor y la rebelión de los hombres. Frente al imperio de la Ley, iniciado en Platón y culminado en Hegel, nuestros contemporáneos, a partir de Nietzsche, intentan escapar de la inexorabilidad del sistema por medio de lo que Gómez Pin llama «una metafísica ácrata», refugiada en los elementos negativos que Platón rechazó. ¿Hay alguna posibilidad de superar la razón del poder, o, si se prefiere, el poder de la razón? Gómez Pin apunta que quizá el recorrido completo de todas las categorías del sistema nos lleve a tropezar con algo de lo que hay expresado e inexpressable por ellas, algo que marque el camino de la liberación. Yo situaría la quiebra más atrás, en un escepticismo que es la única alternativa radical al sistema. Pero este ya es otro cantar.

Víctor Gómez Pin se ha doctorado este año en la Sorbona con una tesis sobre Aristóteles que ha obtenido la calificación máxima; le juzgó un Tribunal de excepción: François Châtelet, Maurice de Gandillac, Gilles Deleuze y Agustín García Calvo. ¡Así da gusto oficiar de filósofo académico!... Víctor, por fortuna, no lo es ni aun allí, pero es otras muchas cosas ricas y difíciles: un apasionado de la magia misteriosa de los toros, un insuperable catador de vinos, un liberal militante e insobornable y una cosa más azarosa, arriesgada, misera y triunfal que ninguna otra: un verdadero pensador. ■ FERNANDO SAVATER.

La Andalucía subversiva de Bernaldo de Quirós

El primer centenario del que calificara Díaz del Moral como "sabio criminalista y sociólogo", fue conmemorado ya en TRIUNFO —y creo que nadie más se hizo eco de esta efemérides (1)—. Ahora publica Ediciones de la Revista de Trabajo una acertada selección de diversos trabajos, recogidos de entre las principales obras del autor, que afrontan la problemática económica y social de Andalucía durante los últimos siglos (2).

Precede a la selección de textos de Bernaldo de Quirós un extenso y sugestivo *Estudio preliminar* de José Luis García Delgado sobre su vida y su obra. Con trazos precisos se nos presenta la identificación de un autor «extraordinariamente representativo de un grupo generacional y de una manera de estudiar y enfrentarse con los problemas de España».

(1) TRIUNFO, núm. 582, páginas 47-50, artículo de Gómez Marín sobre *El bandolerismo andaluz*, de B. de Quirós. Ed. Turner.

(2) C. Bernaldo de Quirós: *El espartaquismo agrario y otros ensayos sobre la estructura económica y social de Andalucía*. Edición crítica e introducción de José Luis García Delgado. «Revista de Trabajo».

En un breve resumen de la vida de Bernaldo de Quirós, podemos señalar que uno de los «momentos clave» de la misma será su encuentro con Francisco Giner de los Ríos, cuando, terminada ya la carrera de Derecho sin haber cumplido aún los veinte años, se matricula como alumno de doctorado en el curso de Filosofía del Derecho. El mismo Bernaldo de Quirós reconocerá, poco antes de morir, la «importancia decisiva» que tiene para él esta toma de contacto con Giner, de quien será «discípulo predilecto» y a cuyas clases asistirá durante ocho años, junto a hombres como Salillas, Flores de Lemus, Castillejo, etcétera.

De sus años de estudiante universitario data ya su afición por la Criminología y el Derecho Penal, disciplinas que absorben su atención en los años siguientes (finales del XIX y principios del XX) y en las que llegará a ser un destacado especialista.

La creación del Instituto de Reformas Sociales, en 1903, y su incorporación al mismo al año siguiente —del que será «uno de sus funcionarios más competentes», en opinión de P. Carrión—, van a constituir para Bernaldo de Quirós un hecho importante, «determinante de casi toda su posterior actuación hasta 1939». En efecto, y sin que ello implique una ruptura con sus preocupaciones anteriores, una nueva

temática será la que ocupe ahora el centro de su atención: los acuciantes problemas del campo español y, sobre todo, la explosiva y candente realidad socio-económica de Andalucía.

Durante esta época son numerosos los viajes que realiza a esta región; primero, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios, y después, enviado por el IRS. Fruto de ellos serán sus mejores obras: *Bandolerismo y delincuencia subversiva en la Baja Andalucía*, *El espartaquismo agrario andaluz* y *El bandolerismo andaluz*.

A continuación del *Estudio preliminar* se incluye la selección de textos de Bernaldo de Quirós, con los que se ha logrado componer una obra dotada de una gran unidad y coherencia, infrecuente en este tipo de libros. En efecto; tomando como idea central el conflicto social en Andalucía en los dos últimos siglos, se estructura la obra en tres partes: en la primera se va a describir lo que se denomina «la situación de partida», es decir, la problemática económica y social del campo andaluz, «donde domina —escribe Bernardo de Quirós— la gran propiedad, o, dicho con la palabra más breve y temida, el latifundio», con sus secuelas obligadas: el paro obrero, la existencia de «grandes masas de proletariado agrícola total o casi completamente desarraigado» y unas ínfimas condiciones de vida para la mayoría de la población.

La reacción de las masas obreras andaluzas contra esta situación, originada por la estructura socio-económica existente, que «las oprime secularmente», se va a manifestar de dos formas distintas: una, «de carácter más bien individual»: el bandolerismo, y otra, colectiva: los movimientos campesinos de protesta, los «levantamientos de los esclavos de la tierra». Ambos tipos de respuesta se estudian en la segunda parte.

Finalmente, en la tercera, se analizan los distintos intentos históricos de la política eco-

